

pinturas no hay nada que se parezca á un santo. Pero era igual, necesitaban un milagro. Al principio me mantenía inflexible; pero se amotinó el país, amenazaban echar abajo las puertas y poner fuego á la casa. No había tiempo que perder. En lugar de la obra de mérito que me pedían, iluminado por una idea súbita, les entregué un antiguo mamarracho, obra de uno de mis tios, quien despues de mí, ha sido el peor embadurnador de la familia.

El tumulto se apaciguó, se recibe con gritos de alegría el viejo cuadro ennegrecido del humo y del polvo, le llevan en procesion á la casa del vecino, le encienden velas, se ponen de rodillas y cantan letanias. ¡Milagro! los dolores cesan, la mujer se ha salvado: da á luz dos gemelos! El marido llorando, quiere saber á que santa efigie debe la salvacion de su mujer. Sin duda es la virgen de los Dolores, ó Santa Isabel, ó por lo menos Santa Ana. En el lleno de su reconocimiento, toma una esponja y comienza á lavar las numerosas manchas de polvo que le ocultan las facciones de su celeste protectora. Todos los ojos se fijan en el cuadro, todos los labios repiten oraciones, cuando en el lienzo limpio ven aparecer de repente... ¿Adivinais el qué, caballero?... El retrato de un antiguo abogado, vestido con toga negra! Desde aquel dia me van dejando en paz!

— Vuestra historia es una historia perfecta, mi querido profesor; mas en verdad, tardo ya en ver esos cuadros que os han causado tanto mal.

— Teneis razon, caballero, os canso con mis cuentos, pero á mi edad es permitido chochea.

— No quiera Dios, mi huésped, interpreteis tan mal mis palabras. Vuestros relatos me interesan en el mas alto grado, y si he demostrado alguna impaciencia...

— ¡Vamos, vamos! he aqui la primera de mis reliquias, como acabais de decir. Propiamente hablando, no es mas

que un boceto, pero en él vereis el germen de un grande hombre.

Y sacó del armario un cuadrito de dos piés de alto y dos de ancho, quitó con toda clase de precauciones el lienzo con que estaba cubierto, y aproximándose á la ventana me enseñó el precioso boceto á toda luz.

Era un prodigio de brillantez, originalidad y vigor. Acaso un critico muy escrupuloso hubiera encontrado algo que censurar en ciertas partes del boceto, acaso los perfiles no eran muy correctos, ni la composicion era inmejorable; pero había en aquella improvisacion de algunas horas un toque tan atrevido y franco, una creacion tan poderosa y sencilla, tal verdad de detalles, que era imposible no ver en él, el pincel de un gran maestro.

Era con toda seguridad, un recuerdo de las Calabrias ó de los Abruzzos. Figúraos rocas negras, peladas, amenazadoras, suspendidas como un puente sobre el abismo: una llanura árida y maldita é iluminada por la luz intermitente y livida de un cielo borrascoso: troncos seculares, se torcian al impulso del huracan, ó caian calcinados por el rayo. Ningun ser viviente es testigo de esta escena de desolacion y de error; ó mas bien en la horrorosa lucha de los elementos con la naturaleza, el hombre ha sido el primero á sucumbir. ¿De qué muerte? ¡Solo Dios lo sabe! Huesos fracturados, trozos de carne humana están esparcidos por el suelo, pero ningun indicio podia deciros si el miserable á quien pertenecian aquellos tristes despojos se habia deshecho el cráneo cayendo de un precipicio ó habia sido destrozado por las garras de las fieras. Diríase que era una página del Dante trasladada á la pintura.

Volvi y revolvi el cuadro en todos sentidos; le aproximaba y le alejaba de mi vista para contemplarle cómodamente, mientras el anciano se frotaba las manos lleno de satisfaccion y gozaba con mi sorpresa.

— ¿Sabeis que lo que me enseñais es admirable, le

dije volviéndole su boceto, y que esta pequeña obra maestra, aunque no concluida, no de desdeciría en el museo de los Studi, ó en la galería del príncipe Borghese?

— ¿Así que encontráis natural que yo tenga ese cuidado con él?

— Muy al contrario.

— ¿Y que hago bien en no arrojar mis perlas ante... mis compatriotas?

— Lo encuentro muy digno.

— ¿Y en haber reclamado seiscientos ducados del príncipe de Salerno?

— Hubiese hecho lo mismo en vuestro lugar.

— Y sin embargo, no habeis visto hasta ahora mas que el menos precioso de mis tres cuadros.

— Veré los demas con el mismo interés; ¿pero cómo están en vuestro poder, mi querido huésped? ¿quién es el autor de ellos?

— ¡Ah! ved, ¿vais á tratarme vos tambien de viejo charlatan, ni mas ni menos que mis vecinos de Santa Agata? A fé mía, tanto peor; voy á contaros todo del principio al fin, porque habeis de saber que no es solo el precio de los cuadros, sino aun, y sobre todo el recuerdo de quien nos los ha dado, lo que nos los hace tan queridos, lo mismo á mí que á los que me han precedido en mi familia, y á los que me sucedan. Sentémonos, dijo tomando una de las sillas, y prestadme atencion breves momentos.

— Ya os escucho.

— Hace doscientos años, como creo haberlo dicho, que el padre de mi tatarabuelo, un pobre aldeano como yo, estaba á la puerta de su casa tomando un poco el fresco despues de haber trabajado mucho durante el dia. La noche se presentaba con síntomas de tormentosa; gruesas nubes que se habian ido reuniendo durante el dia, envolvian el horizonte de todos lados. La luna que salia semejante á un

faro, apenas atravesaba con su rojiza claridad aquella espesa cortina de vapores. Rosalvo Pascoli (este era el nombre del aldeano) despues de mirar al cielo dos veces por el lado de Capua y otras dos por el de Gaeta, se levantó para meterse dentro, cuando vió dirigirse hácia él un jóven de diez y ocho á veinte años, de una estatura menos que mediana, y cuyo exterior anunciaba mas bien un méndigo que un viagero. Su tez era casi tan morena como la de un moro, sus cabellos negros como el ébano flotaban á merced del viento, erizados y en desórden; sus vestidos estaban hechos girones. Figuraos, en una palabra, el retrato de mi Salvator, tal como le habeis encontrado en el camino real, pero mas alto, mas delgado y mas destrozado, si posible es.

Sin embargo, el desconocido se acercó á Rosalvo con paso firme; y le preguntó con tono resuelto y desembarazado:

— ¿Podrás indicarme, buen hombre, una posada en estas inmediaciones donde encuentre por mi dinero una cama y pan?

Mi anciano progenitor le miró primero con una admiracion mezclada de desconfianza, tanto contrastaban los modales secos y altaneros del jóven con su trage destrozado y su aparente miseria. Pero tranquilizado inmediatamente por el aspecto de franqueza y honradez que cree leer en sus facciones, le respondió, no sin incomodarse, sino con una bondad enteramente paternal:

— Al otro extremo de Santa Agata hay una mala taberna donde te darán mejor ó peor lo que buscas; pero como no podrás llegar á ella, hijo, sin ser cogido antes por la tempestad, entra en nuestra casa donde encontrarás siempre pan y un asilo.

En ese caso convengamos en el precio de antemano, porque en este momento no soy bastante rico, y nada hay que

aborrezca tanto como las cuestiones despues de mi comida, y las disputas despues de dormir.

El aldeano se aproximó al jóven le cogió la mano y atrayéndole hácia sí bondadosamente, le dijo con el tono mas tranquilo :

— Mira bien, amigo mio, encima de mi puerta.

— ¿Y bien qué?

— ¿Ves tú allí alguna muestra?

— ¿Y qué quiere decir eso?

— Quiere decir, amigo mio, que no tengo posada, y que ni vendo ni alquilo mi hospitalidad.

— Entonces, gracias, buen hombre, respondió brúscamente el desconocido; iré al otro extremo de la aldea; iré si es preciso hasta Roma sin descansar un momento; pero estoy decidido á no aceptar nada de nadie.

É hizo un movimiento como para marchar.

El anciano aldeano, ofendido por una negativa que estaba muy lejos de esperar, tuvo intencion de romper las costillas á aquella especie de méndigo orgulloso, para castigarle de ese modo por su mal genio; pero pensó que acaso la injusticia ó la dureza de los hombres habria agriado su corazon, y no tuvo valor para abandonarle á su destino. Gruesas gotas de agua empezaban á caer sobre el follage, el viento silbaba con furia, y el pobre muchacho á pesar de la altivez de sus palabras y afectada firmeza de su paso, parecia que tenia de tal modo agotadas sus fuerzas que no hubiera dado tres pasos sin sucumbir á su estenuacion y á su fatiga.

Rosalvo le detuvo, pues, por el brazo en el momento en que iba á alejarse y le dijo sonriendo :

— ¡ Por mi alma que eres un muchacho muy singular ! y aun cuando fueras el virey disfrazado, no tendrias mas gravedad ni mas orgullo. Pero es igual, no quiero tener que reprenderme algun dia de haberte dejado marchar en una noche semejante, á riesgo de romperte el cráneo

ó morirte de hambre en el camino. Pagarás tu escote, puesto que es tu voluntad. No pongo para eso mas que una condicion : y es que te fiarás en mi probidad ; y aunque tú quieras convertir á la fuerza mi casa en una taberna, yo te prometo que no te esquilmaré demasiado.

— Sea así, replicó el desconocido con tono indiferente; vaciaré el fondo de mi bolsa, pero no se dirá que un aldeano de Santa Agata me ha ganado en cortesía y generosidad.

Rosalvo le introdujo entonces en su casa y le presentó al resto de la familia. El jóven estrangero fué recibido bajo aquel pobre techo con tantas consideraciones y cordialidad, que no tardó en pasar de su fria reserva y de su amargo desden á la expansion mas franca y á las mas vivas simpatías.

Se le dió el sitio mejor en la mesa ; el aldeano le sirvió los mejores bocados, su mujer le dió de beber, sus hijos le rodeaban. No se reparó en sus harapos sino para agasajarle mas. Ningun cuchicheo indiscreto, ninguna curiosidad agresiva, nada de preguntas importunas. Hablaba, se le escuchaba con interés; queria callarse, se respetaba su silencio. Quedó tan encantado de aquella acogida tan afectuosa y sencilla, que al fin de la comida formaba parte de la familia.

— Y bien, hijo mio, dijo entonces el anciano Rosalvo con un tono grave, pero sin cólera ni amargura, ¿ os empeñais aun en pagar vuestra cuenta como si estuviéseis en la taberna.

— Perdonad, padre mio, exclamó el jóven, apretándole la mano, al paso que sus ojos se humedecian con lágrimas, he sido áspero y injusto con vos. Mi orgullo ha debido pareceros muy estemporáneo y ridiculo en el estado en que me encuentro; pero he sufrido tanto desde mi infancia, me he visto victima de tantas humillaciones y dolores des-

de mis mas tiernos años, que cuando los demás no hacen sino entrar en la vida, yo quisiera salir de ella. Ved, mi querido huésped, me deciais hace poco, que aunque fuese el virey en persona no seria mas resuelto ni mas orgulloso.... Pues bien, aunque debiéseis acusarme de locura, añadió llevándose la mano á la frente, siento aquí algo que me hace mas orgulloso que los reyes.

Tranquilizaos, querido jóven, replicó el buen Rosalvo, medio admirado, medio enternecido por aquel extraño razonamiento, todavía sois un niño, y teneis tantos años delante de vos, que podeis desafiar la injusticia de la suerte y reparar sus errores.

— A fé mia, teneis mucha razon, exclamó alegremente el jóven cambiando repentinamente de espresion; ¡al diablo la tristeza y los cuidados! ¿Podreis creer, ¡gran Dios! que el vino me produce tristeza, lo cual no es permitido sino cuando es malo el que se bebe, y el vuestro es excelente? Mas tambien, ¿es culpa mia que me hableis como si fuéseis mi padre? ¿que esa linda niña sea el retrato de mi hermano? ¿si en fin, me haceis pensar en mi familia?

— ¡Cómo! preguntó el aldeano con tono de reconvenccion, ¿teneis una familia y podeis abandonarla?

— ¡Ay! replicó el jóven, tenia una Pero mi padre ya no existe, y cuando la cabeza falta los miembros se desunen y se dispersan.

Y su frente tomó de nuevo un aspecto sombrío.

— ¡Vamos! exclamó Rosalvo dando un puñetazo en la mesa, soy un viejo imbécil; esta es la segunda vez que os entristezco y os disgusto con mis necias preguntas. Debeis tenerme mala voluntad.

— Os aseguro que no, y para que no vayais á creer, amigos míos, que quiero rodearme del misterio, os diré en pocas palabras quien soy, de donde vengo, y cuál es el objeto de mi viage; porque, no sé la razon, pero jamás,

desde que estoy en el mundo, he experimentado un deseo tan vivo de desahogar mi pecho.

— Todo lo que nosotros podemos hacer, respondió el aldeano, es rogar á Dios, que os ha traído á nuestra morada, favorezca vuestros proyectos y bendiga vuestras esperanzas.

— Acepto vuestros buenos deseos, amigos míos, y creo que los votos de honradas gentes como vosotros no pueden menos de acarrearne la felicidad. Tengo diez y nueve años cumplidos; ni soy el último de los méndigos, como mis andrajos pudieran hacerlo creer, ni un noble viajando con este disfraz estravagante para asegurar mejor su incógnito. Soy un pobre artista; mas aunque desde que nací he tenido épocas buenas y malas, nunca he sido tan pobre y tan desgraciado como ahora me veis. He nacido en una pequeña aldea de las inmediaciones de Nápoles, conocida con el suave nombre de la *Aranella*. Mi padre era un arquitecto de mucho mérito, á quien nunca faltó mas que una cosa; casas que edificar. Mi tío materno era pintor, y nadie pudo notarle mas que un defecto; el de no haber tenido en su vida un descargo. Así la primera torpeza de mis parientes fué la de alejarme de un arte hácia el que sentia una inclinacion irresistible.

— ¡Pobre muchacho! interrumpió Rosalvo, no hubiera yo impedido jamás á mis hijos seguir su vocacion.

— Y tanto mas, cuanto que de nada sirve, continuó el estringero sonriendo. Doblad hasta la tierra un árbol jóven y lleno de sávia y vigor; cuando lo hayais encorvado como un arco, se os escapa y se endereza de repente hácia el cielo. Me enviaron á la escuela de los buenos religiosos, lo cual me fastidiaba mucho. No les hubiera disgustado hacer de mí un sacerdote, verme convertido en camaldulense; pero en lugar de aprender el latin y recitar los salmos, robaba todo el carbon que habia á las manos para dibujar paisages en las paredes de las celdas ó sacar el perfil de mi reve-

rendo preceptor. Solo Dios puede saber los azotes que me han costado mis obras maestras.

— ¡Hasta llegaban á pegaros! exclamó indignado el aldeano.

— Y no daban con la mano muerta, os lo aseguro; tanto que un día que la correccion me pareció un poco dura, eché á paseo mi colegio y mis maestros, y me escapé por el mundo, á la Pulla, á la Calabria, á los Abruzzos, ¿que sé yo donde? He andado de valle en valle, de montaña en montaña; he sufrido el frio y el hambre. He caido en manos de bandidos que me han obligado á ser de los suyos. Pero en todos mis viages, en medio de todas mis desgracias, si podia procurarme un lápiz ó unos pinceles, si podia depositar en el papel ó en el lienzo todo lo que me venia á la imaginacion ó atraia mis miradas, olvidaba mis disgustos y mi miseria; no lloraba mas que de alegría, y caía de rodillas para bendecir á Dios que me habia dado ojos para admirar la naturaleza, un corazón para conocer sus maravillas, una mano para retratar sus bellezas.

— ¡Dios mio! vuestra profesion debe ser sublime, interrumpió el pobre aldeano animado por el fuego del artista.

— Volví á Nápoles, continuó el jóven. Mi padre habia muerto; mi hermana mayor se habia casado con Fracanzani, un pintor de genio y de corazón, á quien la fortuna habia tratado casi tan mal como á mi padre y á mi tío. Diríase que la indigencia ha llegado á ser para nosotros una tradicion de familia. Me puse á trabajar noche y dia para ayudar á mi cuñado. ¡Vanos esfuerzos! Los chalanos me arrojaban á la cara mis paisajes, ó bien el precio que por ellos recibia no bastaba para comprar mis brochás y mis colores. Me llamaban como por desprecio Salvatoriello, y no obstante, juré á Dios que me han de llamar algun dia Salvator. Desanimado, desapreciado, devorado por el disgusto y la fiebre, iba á sucumbir á mi desesperacion,

cuando aquel cuyo nombre llevo se dignó salvarme por un milagro.

Acababa yo de vender un cuadro al mas judío de mis chamarileros. El desventurado me echaba en cara todavía los pocos cuartos que me habia dado como el precio de mi obra cuando un bonito carruaje con armas se detiene de repente ante su tienda. Abrese de repente la portezuela, y un personaje de aspecto noble, de talante magestuoso, hace seña al revendedor, y dice le enseñe el cuadro que acaba de poner en el escaparate. Mientras el comerciante se confundia en reverencias oculto tras las ruedas del carruaje, no pierdo ni una palabra de su conversacion.

— ¿Cuál es el asunto de este cuadro? preguntó el caballero tomando el lienzo de manos del chamarilero.

— Ya lo veis, excelencia, es una Agar en el desierto.

— Jamás he visto nada que esté tan perfectamente comprendido, replicó el caballero en voz alta; ¿y qué precio pones á esta obra?

— Monseñor, es veinte..... es veinte y cinco ducados, ni mas ni menos: es lo que me ha costado.

Tuve intenciones de estrangularle con mis manos.

— ¡Veinte y cinco ducados! replicó el caballero, eso es darlo por nada, lo confieso, ¿y quien es su autor?

— El autor, excelencia, balbuceó el mercader; ¿mas qué importa á vuestra excelencia quién sea el autor?

— ¡Cómo! ¿qué me importa, imbécil?

— Monseñor, el trato está cerrado, y sea el que queria el nombre del autor, ya no es posible volverse atrás.

— Aqui tienes tus veinte y cinco ducados, bergante, ¿y ahora hablarás?

— El autor, excelencia, es todo un jóven que se llama Salvatoriello.

— Pues bien. dirás á ese jóven de mi parte que cuando tenga cuadros que vender, vaya á casa del caballero Lan-

franco; se los compraré al precio que quiera; porque digo la verdad, por mi honor y á fé de mi alma, ese pequeño *Salvator* es un gran pintor.

Esas pocas palabras me han vuelto mi valor; he abandonado á Nápoles, mi ingrata patria, puesto que nadie es profeta en la suya, y he venido poco á poco hasta aquí, con los piés destrozados, el estómago vacío, los vestidos hechos girones, pero el corazón lleno de fé y de esperanza. No me queda mas que medio duro para llegar á Roma, pero en adelante Roma es mi país, Roma es la fortuna, Roma es la gloria.

Mientras el jóven viajero referia su historia, Rosalvo mi antepasado y toda su familia, se reunian á su alrededor y le colmaban de caricias y de elogios. La ardiente y febril relacion del artista habia lanzado chispas que habian prendido en el corazón de aquellos honrados campesinos. Miraban á su huésped con una admiración sencilla, y se sentian atraídos hácia él por un encanto de que en su ignorancia no sabian darse cuenta.

— ¡Ea, amigos míos! añadió al fin el jóven, aunque ahora comprendo que vuestra hospitalidad no puede pagarse con oro, me permitireis os pruebe al menos mi reconocimiento. Mañana dejaré esta casa muy temprano para ir donde Dios me llama. Pero no quiero separarme de vosotros sin dejaros un recuerdo. Aquí en mi alforja debo tener pinceles, colores, pedazos de lienzo, cuerdas de laúd y papeles de música; en una palabra, todo mi equipage de gitano y de artista. Ya veis que no es pesado. Voy á haceros un boceto. Esto no tiene un gran valor en este momento; pero mas adelante, ¿quién sabe? lo vendreis acaso bastante bien, si la profecía del buen Lanfranco se llega á cumplir.

Entonces fué, caballero, cuando con mano firme y segura, hizo el boceto del bello paisaje que acabais de admirar. Ya sabeis ahora de quién quiero hablaros, si

acaso el estilo de la pintura no os hubiese revelado ya el nombre del autor. Voy á enseñaros los otros dos, y os diré lo mas brevemente que me sea posible con qué motivo fueron regalados á mi familia.

Al llegar á este punto de su historia, el descendiente de Rosalvo Pascoli hizo una pausa y me miró vacilando ligeramente, fluctuando el honrado anciano entre el deseo y el temor de continuar su relacion.

A la verdad, se escuchaba él mismo con tanto placer, que hubiera sido muy sensible turbar la alegría de aquel hombre excelente, mitad aldeano, mitad artista, de aquella excelente naturaleza anfibia, si el lector me permite esta palabra. Le supliqué, pues, que continuara; y debo hacerle justicia, no me lo hizo repetir dos veces.

— ¿Dónde habíamos quedado, pues, caballero?

— El jóven habia partido para Roma, y el señor Rosalvo, padre de vuestro tatarabuelo, si no me equivoco, habia aceptado el boceto que acabais de enseñarme.

— Pues bien, continuó el anciano, por espacio de doce años nos se oyó hablar mas de *Salvatoriello*. Los aldeanos de Santa Agata volvieron á sus ordinarias tareas, y nadie pensó ya en el jóven viajero que se habia detenido una noche tormentosa en el hogar del buen Rosalvo.

Al terminar el duodécimo año, un día, á eso del mediodía, cuando brillaba en el firmamento un sol de Julio, la ciudad entera se puso en conmocion con la llegada de un estrangero de la mas alta distincion. Por el tren que llevaba, se hubiese dicho que era un príncipe del Sacro Imperio ó un grande de España de primera clase. Los postillones chasqueaban sus látigos como si hubiesen conducido al duque de Arcos en persona. Una numerosa escolta de mozos, lacayos y pages, seguian ó precedian al carruaje tirado por seis caballos que sudaban bajo sus arcos y blanqueaban sus frenos con la hirviente espuma. El estrangero hizo detener su carruaje ante la puerta de Ro-

salvo, y sin dar tiempo á sus criados de bajar el estribo, saltó ligeramente á tierra. Era un caballero noble y magnífico, de treinta y dos á treinta y cuatro años, de una belleza varonil y altiva, y de particular elegancia. Sus facciones vivamente pronunciadas, sus ojos muy negros, su tez estremadamente morena, su bigote fino y retorcido, le hacian semejar mas bien á un español que á un napolitano, y todavia mas á un árabe que á un español.

Llevaba el traje mas bonito que puede verse. Capa y jubon ricamente bordados, gorra con un medallón de oro sujetando flotantes plumas, espada con vaina de terciopelo y guarnicion de diamantes. Todo eso de un lujo atroz, de una magnificencia inaudita. Cuando el pobre Rosalvo, con los cabellos blancos enteramente, encorvado por los años avanzaba lentamente para preguntar quién era el alto personage que se dignaba detenerse ante su puerta, éste adelantándose á su deseo y saliendo á su encuentro, le esplicó en pocas palabras el objeto de su visita.

— Soy un aficionado á cuadros, le dijo, un anticuario frenético; por la adquisicion de una obra maestra de pintura que falta en mi galería, por la compra de un camafeo que falta en mi coleccion, daria la mitad de mi fortuna. Frecuentemente me apeo del carruaje, ando media legua á pié para buscar por ciudades y aldeas, por castillos y chozas, en el palacio del rico y en la miserable morada del pobre; porque muchas veces he descubierto muebles raros, armaduras de valor, curiosidades de gran precio, alli donde menos esperaba encontrarlos.

— Señor caballero, replicó el aldeano, siento en el alma el trabajo que os habeis tomado deteniéndoos en mi casa; pues nada encontrareis en ella que sea digno de fijar vuestra atencion.

— Acaso tengais algun objeto cuya importancia ignoreis.

— No lo creo así, monseñor.

— Veamos, sin embargo, replicó el extranjero; y sin aguardar otra respuesta, entró en la habitacion principal, y se puso á mirar atentamente por todas partes.

De repente sus ojos brillaron y exclamó con voz de triunfo:

— ¡Y bien! ¿qué os he dicho, buen hombre? Teneis ahí un cuadrito por el que nos arreglaríamos perfectamente.

— Ese cuadro no está de venta, respondió secamente el anciano.

— Bien, bien, ¿vos no sabeis que soy hombre capaz de dar por él cincuenta duros, si es preciso?

— Os he dicho, señor caballero, que ese cuadro no está de venta.

— Entonces doblaré la suma.

— Es inútil.

— La triplicaré.

— Aun cuando quisíeis comprarme ese boceto á peso de oro, no os le venderia.

— ¡Ah! ¿y qué tiene de tan precioso ese cuadro para que pongais tal empeño en conservarle?

— Este cuadro, escelencia, es el recuerdo de un pobre jóven á quien no he visto mas de una vez, pero á quien amaré toda mi vida.

— ¿Su edad?

— No tenia todavia veinte años.

— ¿Su patria?

— Nápoles.

— ¿Su nombre?

— Salvatoriello.

— Ven á mis brazos, buen Rosalvo, exclamó el extranjero enterneciéndose hasta derramar lágrimas; el Salvatoriello á quien amas tanto soy yo. Bien ves que tus votos me han traído la felicidad: soy el primer pintor de mi siglo, mis cuadros se pagan á peso de oro, los cardenales y los príncipes se disputan el honor de ser admitidos en

mi estudio. Honores, placeres, riquezas, tengo todo lo que hubiera podido desear. La realidad ha sobrepujado á mis sueños; y no obstante, añadió bajando la voz, no obstante, ¡si tú supieras, mi viejo Rosalvo, á qué medios tan vergonzosos he tenido que descender para atraer sobre mi las miradas de la multitud, para coger en mis brazos ese vano fantasma que llamamos gloria, y que no es otra cosa que un poco de aire y humo, para fijar ese rumor vago y pasajero que se levanta tan pronto alrededor de un nombre como de otros, semejante al viento que sopla ya del lado del Norte ya del lado del Mediodía! ¡Si supieses todo lo que he intentado, todo lo que he sufrido! He sido comediante, titiritero, histrion. Salvator se ha convertido en Coviello. ¡Deshonra y maldicion sobre este siglo corrompido, sobre esos hombres infames, sobre esas ciudades malditas!

— ¡Cómo, hijo mio! ¡siempre triste, siempre irritado contra todos! ¿Nada, pues, podrá endulzar en el fondo de tu corazon esa bilis amarga que convierte en hiel todo lo que en él se derrama?

— Verdad es, replicó el artista sonriendo, iba á recitar una de mis sátiras, sin pensar que vale mas trasladárela en pintura, puesto que tanto amas los cuadros. La última vez que pasé por Santa Agata, hace ya doce años, te hice el boceto de una vista de las montañas en medio de las que habia vivido hasta entonces: ahora que vengo de Roma, te diseñaré una escena de la corte que acabo de dejar. Entonces te contentaste con un boceto de Salvatorriello; ahora tendrás un cuadro de Salvator.

— Y me será doblemente querido, porque al presente tengo en mi familia un pintor y un sábio. No creais que me chanceó, señor caballero: desde la noche en que dormisteis bajo nuestro techo, mi hijo mas pequeño ha aprendido el dibujo y la gramática; y ¿quién sabe si algun día podrá copiar vuestros cuadros ó escribir vuestras memo-

rias? Y en tanto ¿qué decis de la sorpresa que os he preparado?

— Me he adelantado á vos, mi querido huésped, exclamó Salvator; yo tambien tengo un hijo y le he puesto por nombre Rosalvo.

El artista y el aldeano se abrazaron. Cada uno de ellos habia sido fiel al recuerdo de una noble y tierna amistad.

Inmediatamente Salvator hizo seña á uno de sus lacayos, y habiendo pedido su paleta y sus pinceles, trazó á grandes pinceladas el extraño y maravilloso asunto que vais á ver. Es la segunda obra maestra de mi coleccion.

Al decir estas palabras, el anciano de Santa Agata sacó del armario su segundo cuadro colocado en un marco muy rico, separó la cortina de seda que le cubria y me le enseñó silencioso.

Era la reproduccion fiel, ó mas bien la concepcion primera del célebre cuadro de la *Fortuna*. La diosa derrama de su cuerno de la Abundancia un torrente de mitras, coronas, cruces y pedrerías; al paso que senadores, cardenales, obispos, bajo la figura de animales inmundos ó reptiles venenosos, se disputan aquellos tesoros. Decir todo lo que el artista ha depositado de inventiva, de imaginacion y de genio en aquella animada y picante alegoría, sería cosa imposible. No pude menos de asegurar á mi aldeano de Santa Agata que ciertamente poseía una obra maestra.

— Ya lo creo, exclamó mi anciano, es el verdadero original de Salvator; el que hay en Inglaterra no es mas que una copia.

Pues bien, para concluir mi historia, así que el ilustre pintor terminó este cuadro se despidió de Rosalvo; pero antes de separarse de él, le llevó aparte, y arrodillándose ante él:

— Padre mio, le dijo, cuando yo iba de Nápoles á Roma, vuestros votos me han seguido: pero ahora que voy de

Roma á Nápoles, necesito mas que votos; porque tengo una mision santa y hermosa que llenar. ¡Benedicidme, padre mio! mi patria me ha desconocido, voy á vengarme de mi patria! pero lo haré rompiendo sus cadenas, esterminando sus tiranos, volviéndole la libertad!

— Que Dios te acompañe y te proteja, hijo mio; pero temo que tus esfuerzos sean inútiles. Las cadenas han hecho demasiado surco en las carnes; acaso podreis comoverlas pero romperlas jamás!

¡Ay! mi pobre abuelo habia dicho la verdad. Aun ro habian pasado seis meses desde su última entrevista con el feliz y brillante Salvator, cuando una noche, á las doce, cuando los habitantes de Santa Agata estaban dormidos en el mas profundo sueño, se oyó llamar á la puerta de Rosalvo con repetidos golpes.

El primero que se puso en pie fué el anciano; sus hijos se arrojaron sobre sus carabinas, las mujeres dieron un grito que les arrancó el temor.

— ¿Quién va? preguntó Rosalvo alarmado.

— Soy yo, Salvator; abridme.

La puerta se abrió y Rosalvo retrocedió tres pasos ante la aparicion de un fantasma. Salvator, vestido de negro de la cabeza á los pies, con los cabellos erizados, la barba en desórden, la espada desnuda en la mano, se presentó á sus compasivos amigos como un espéctro saliendo de la tumba.

— Todo ha concluido, dijo, Nápoles ha vuelto á caer con mas humillacion que nunca bajo el yugo de sus tiranos. Se habia encontrado un hombre, un pescador que se pusiera á nuestra cabeza á libertar á su pais. Traidores le han asesinado. Francanzani, mi cuñado, ha muerto envenenado en la prision. Aniello Falcone se salva huyendo á Francia; yo vuelvo á Roma para no ver mas á mi pais; es la tercera y última vez que me vereis. Soy el único que queda de los caballeros de la Muerte.

— ¿Eres perseguido, hijo mio? preguntó Rosalvo con tan tierno sobresalto y la misma solicitud paternal que no se habian desmentido un solo instante.

— ¿Perseguido? replicó el pintor con aspecto distraido, sí, lo soy por mis ideas que me acosan, por el disgusto que me oprime, por la ira que me mata. Pronto, pronto, pinceles, colores, ó sino conozco que me voy á volver loco.

Anduvo por la habitacion en todas direcciones, lloró, gritó, se arrancó puñados de cabellos. En seguida, cogiendo su pincel con mano convulsiva, trazó sobre el lienzo la carniceria mas espantosa que jamás ensangrentó un cuadro. Creo que no hay una batalla en el mundo que pueda sostener la comparacion con esta obra maestra. ¡Ved!

Al decir esto, el anciano en el colmo del entusiasmo, arrancaba su cubierta de brocado á su último cuadro.

No pude contener un grito de admiracion. Jamás vi nada mas sublime. No era ni un sitio agreste y salvaje, ni una sátira deslumbradora; era una escena atroz, viva, espantosa, de destruccion, de muerte y de venganza! Caballos nadando en la sangre, metidos hasta el pecho; cabezas separadas de su tronco rodando como balas frias, heridos dando lamentos, vencedores gritando, moribundos en la agonía. No creo que la realidad sea mas horrorosa.

— Y bien, ¿qué decís de esto, señor extranero?

— Digo que teneis los tres Salvator Rosa mas hermosos que hay en el mundo.

— Y yo digo que la comida está dispuesta, exclamó el aldeanillo asomándose á la puerta del taller.

Cuando terminó la comida, comida alegre, amable y cordial, me separé de mis buenos amigos de Santa Agata, sintiendo de todo corazon no poder pagar regiamente su hospitalidad con alguna obra maestra de pintura. Todo lo que puedo hacer, es consagrarles un recuerdo en estas páginas.

¡Admirable poder del genio! ha bastado el paso de un grande artista en medio de una pobre familia de aldeanos para dejar en ella una luminosa huella que se perpetúa á través de los siglos.

En cuanto al pequeño Salvator, á quien Jadin y yo habíamos tomado por un negro, en mi último viaje le he encontrado en Roma, donde me ha hecho los honores de la Farnerina. Es uno de los pensionados mas distinguidos del rey de Nápoles.

XXI

CAMINO DE ROMA.

Al volver á Santa Agata de Gottia, supimos una cosa que ignorábamos: que nuestro conductor habiendo creído que queríamos volver por el camino de Benevento, lo cual prolongaba algo nuestro viaje, nos habia hecho andar ocho leguas de mas. No los sentimos, ó mejor, yo no lo sentia, porque como se ha visto, Jadin nada habia tenido que ver con la aventura que acababa de sucederme, y de la que no pensaba hablarle sino cuando estuviésemos á una distancia conveniente, por temor de alguna escena desagradable entre él y su colega.

Era tarde, y queríamos ir á dormir á Caserta, para visitar al dia siguiente las dos Capuas. Llegamos á la posada á las siete de la tarde próximamente.